

Centenario, que á mi juicio, el mejor modo de celebrarlo sería reconstituyendo la escena, como dicen los franceses.

Aplaudió la idea y nos echamos á discurrir acerca de los medios más adecuados de realizarla.

Rasgando las nubes, aparece en el horizonte una escuadra, enarbolando bandera inglesa.

Sorpresa en tierra, vacilaciones al principio, arrojo y decisión después; ruido de cornetas y tambores; enfile de los cañones de nuestros casi abandonados castillos hacia las naves que avanzan gallardamente; movimiento y agitación en todas partes. Comienza el bombardeo: la plaza responde briosamente; el mar, que rebrama como si protestara de la agresión, moja é inutiliza en gran parte la pólvora enemiga. Desembarcan los ingleses; María, la heroína, los conduce al convento de Santo Domingo (que momentáneamente se transforma de teatro en monasterio), haciéndoles creer que es el castillo de San Cristóbal. Algunos ingleses caen heridos; otros muertos. De los denodados defensores de la villa de Santa Cruz, también algunos pagan con la vida su amor á la independencia. Una bala lanzada de uno de nuestros fuertes, lleva un brazo al Contra-Almirante Nelson. Las fuerzas británicas se reembarcan precipitadamente; el mar sirve de tumba á los tripulantes de una de sus embarcaciones menores, avaro de guardar en su seno los trofeos de la victoria. Capitulan los invasores, y las ondas sonoras que repiten los ecos del triunfo, se confunden con las de radiante luz que todo lo abrillanta y engrandece.

Mostróse un momento pensativo mi interlocutor, y luego, como á quien, después de trazarse en la imaginación un plan que le enamora y entusiasma, le asalta la idea de irreductible obstáculo para llevarlo á la práctica, volvióse á mí, y con acento de profundo dolor, me dijo:

—No es posible reconstituir la escena; no faltaría quien hiciera de General Gutiérrez; quizá se hallaría quien representase á Nelson, aunque perdiera un brazo; pero no se encontraría quienes hicieran el papel de muertos de verdad, ni siquiera de heridos.

Hace poco más de dos meses, músicas, arcos, espléndidas iluminaciones, procesión cívica, función religiosa, alegría y contento por todas partes, grandes fiestas, en fin, en celebración del día en que los españoles, dominados por el espíritu de conquista, clavaron la cruz en las playas de Anaza, no solo como símbolo de su religión, sino como señal de su triunfo sobre los sencillos naturales de Tenerife, que resistieron, mientras les fué posible, aquella invasión extranjera. Fiestas, pues, porque los de fuera vencieron á los de dentro.

Ahora, paseos, conciertos, bailes, músicas, infinidad de espectáculos para recreo del espíritu; procesión cívica, función religiosa, júbilo por todas partes; grandes fiestas, en fin, porque en 1797 los nobles hijos de la Capital de las Canarias rechazaron denodadamente al extranjero, que se proponía, por medio de las armas, uncir este pedazo de tierra española al carro de sus triunfos. Fiestas, pues, porque los de dentro vencieron á los de fuera.

Paralogismo que tiene su disculpa en la bondad de la intención.

Las fiestas revelan el espíritu de cada época y marcan el carácter de cada pueblo.

La civilización cristiana abolió muchas de las del paganismo, modificó otras é instituyó no pocas en honor de Cristo, de la Virgen María, de los santos y de los mártires.

Desde mediados del siglo último han venido predominando las fiestas de otra religión más positiva, de la religión del trabajo: las exposiciones industriales, artísticas y científicas; regionales primero, nacionales después é internacionales desde que el vapor, el ferro-carril y el telégrafo han estrechado las distancias haciendo práctica la idea del cosmopolitismo.

En estos momentos la fiebre de exposiciones ha descendido; solo en Francia marca más de 37°. El gran certamen que proyecta para 1900, cerrará probablemente el período de las grandes exposiciones universales.

Ahora privan los Centenarios.

Santa Cruz celebra el de su heroica defensa contra los ingleses.

Rinde homenaje de admiración y respeto á los que lucharon por la independencia de su pueblo y especialmente á los que murieron por defenderla.

Sobre las tumbas de aquellos héroes, tibios sus restos, debió arder alguna lámpara piadosa; alguna débil lámpara de aceite de olivo. Los espectáculos que consagramos á su memoria, los ilumina la luz eléctrica.

Que los que vengan de otros pueblos en el primer año del segundo centenario á visitar aquellos venerandos sepulcros, puedan hacerlo utilizando el ferro-carril eléctrico.

Y bendiciendo la hora en que el aprovechamiento y la explotación de aguas permitieron que la Capital de Canarias ensanchase su población y convirtiese su sedienta costa, en ameno paraíso.

Mucho se ha hecho en el siglo que ha transcurrido desde 1797 á 1897; pero con agua y ferro-carril, se puede hacer más en uno ó dos años.

Que en 1997, si todavía se celebran centenarios, al apagarse los ecos de las fiestas con que se honran las glorias conquistadas por nuestros antepasados, se recuerde el día en que se logró abastecer de agua á nuestra población y se inauguró el ferro-carril eléctrico.

¡Si esto fuera un estímulo para realizar tan grandes y útiles empresas!

Temo que no lo sea.

Ninguno de los que resistieron la invasión británica,

contó con que al cumplirse el siglo había de rendirse homenaje á su memoria.

Vengan el agua y el ferro-carril, aunque en ningún centenario se recuerden.

Al capitular los ingleses en 1797, regalaron al General Gutiérrez queso y cerveza en señal de paz y reconciliación. El General Gutiérrez á su vez, envió al Contra-Almirante de la Escuadra británica, dos galones de vino de Tenerife, en prueba de que ningún rencor guardaban los españoles á los que los habían atacado.

¿Qué diferencia entre el cambio de balas y el cambio de presentes!

Durante mucho tiempo, Tenerife siguió mandando vino á los ingleses y éstos, enviando á Tenerife buenas Libras esterlinas.

Al mismo tiempo hacíamos con ellos el comercio de la horchilla.

Después y durante más de treinta años, el muy rico de la cochinilla.

Sobre tres lustros hace que remitimos á Londres y Liverpool, papas, tomates y plátanos, que nos pagan á buen precio.

Sigamos cambiando frutos por Libras.

¿Que la celebración del centenario no es prenda de amistad? Como se mire.

Su aspecto más saliente, es ese.

Honramos la memoria de nuestros antecesores y á la vez celebramos la paz, consolidada cada día por las relaciones comerciales.

Olvidemos las balas; celebremos la paz; vayan frutos y vengam Libras.

J. M. PULIDO.

## SIEMPRE NOBLE

AL verdadero valor constantemente va unida la nobleza de ánimo.

Muchos fueron los soldados ingleses que á fines del pasado siglo vinieron á esta tierra para apoderarse de ella por medio de las armas.

Bastante más numerosos son los hijos de la Gran Bretaña que en la actualidad llegan aquí á buscar en este clima incomparable y hermoso país, vigor para débiles cuerpos extenuados en la continua lucha por la existencia, y alegría para melancólicos espíritus enristecidos en medio de las angustiosas nieblas del Norte.

Tenerife, siempre grande y noble, si con denuesto y bizarría heroicos rechazó ayer á sus agresores, con hospitalidad y afecto cordialísimos recibe hoy á sus huéspedes.

BERNARDO BENÍTEZ DE LUGO.

## Dos fechas y dos nombres

CIENT revoluciones solares á través de la Eclíptica, hé ahí un siglo.

Ese eslabón del tiempo, remachándose dentro del que le sigue en la cadena que arrastra al universo-mundo, queda atrás, tan luego como fuerza potencial oculta, si bien incansable, fragua otro y otro, hasta completar periodos que, por estar fuera de la apreciación humana, no sabemos cuando se cierran, ni cuando se abren.

Honor insigne para un pueblo es poder contar tales centurias á partir de hechos hazañosos; satisfacción inmensa, cuanto merecida, que la Historia diga:

—«Santa Cruz de Tenerife, patria de leales, hoy se cumplen cien años de aquella gloriosa jornada en que tus invictos hijos dieron alta muestra de valor rechazando el empuje de las armas británicas!»

Y no abrillanta menos el timbre de la victoria, saber que esta se alcanzó sobre quien, después del desastre que sufrió en aguas de Cádiz, traía ya marchitos en las sienas los lauros alcanzados junto al cabo de San Vicente.

Como prueba de que triste sino presidió los actos del celebrado Almirante inglés en la mayor parte de sus encuentros con la gente española, basta enlazar dos nombres y dos fechas.

Santa Cruz de Tenerife: 1797.

Trafalgar: 1805.

Aquí Horacio Nelson rinde su diestra poderosa, que una bala de cañón se lleva.

Allá triunfa, pero muere.

CÁRLOS PIZARROSO.

## LA FUERZA MÁS PODEROSA

SI un átomo se une á otro forman una molécula, si una molécula se une á otra forman un cuerpo, si un cuerpo se une á otro forman un mundo. ¿Qué es más importante: el átomo, la molécula, el cuerpo ó el mundo? El átomo es lo infinitamente pequeño, sus dimensiones no pueden apreciarse sino con los ojos de la inteligencia; un átomo por sí solo es casi nada, dos átomos que se rechazan, que no simpatizan uno con otro, no tienen importancia alguna; pero si existe entre ellos simpatía que los une, fuerza que los liga, ya constituyen una fracción material más importante, y de dos casi nada se forma un casi algo que es la molécula.

Si dos moléculas se rechazan, no tienen en sí valor alguno; en cambio si se unen constituyen un cuerpo, y para esto es necesario una fuerza de cohesión que los una, fuerza que no es tiránica, que no sofoca, que no mata, sino por el contrario que da importancia, que engrandece, que da vida, y por ella lo que antes era casi algo ahora es algo. Y este algo unido á otro algo forma un mucho y todos los muchos ligados por fuerzas cada vez de mayor intensidad, pero quizás no mejor combinadas que las atómicas, constituyen el infinito del Universo.

Vemos, pues, que de un átomo, que casi puede decirse que es la nada, pasamos á lo infinitamente grande y que todo es principalmente debido á una fuerza de unión, que combinada después con otras fuerzas—aunque quizá todas no sean más que manifestaciones de una sola—vienen á constituir el universo que tanto nos maravilla, apesar de lo poco que lo conocemos.

El hombre por sí solo—en general—poco ó nada significa; reunido á otro constituye una sociedad ó familia, reunidos los pueblos constituyen las naciones. ¿Quién es más importante: el hombre, la familia, el pueblo ó la nación? El hombre es la unidad, es la fracción más pequeña, es indivisible como el átomo; pero una fuerza de atracción—que puede tener muchos nombres—le une á sus semejantes y de casi nada pasamos á algo. Pero ya no hay fuerzas tan infalibles ni leyes tan fatales que ligen este algo racional con otro algo. El todo depende en gran parte de la voluntad de los componentes. Si estos se imponen una ley de unión que al cumplirla á todos agrade y beneficie, al reunirse constituyen un mucho. Si, por el contrario, no encuentran ó no se someten á esa fuerza de unión, siempre serán poco más que nada, y el pueblo en el que á sus habitantes suceda eso jamás ocupará en el concierto universal el lugar que debiera corresponderle.

Así como en la naturaleza existen reactivos que puestos en contacto con otros cuerpos los disgregan y deshacen obligándoles á perder su composición primitiva, en las sociedades hay vicios y defectos que no corregidos á tiempo disgregan y matan á un pueblo.

Santa Cruz de Tenerife en Julio de 1797 demostró, con la unión de todos sus hijos, ser un pueblo que valía mucho. En la célebre jornada, no sabemos quien es más importante, si el soldado que obedece ó el jefe que manda. Cada uno por sí solo, nada hubiera hecho; unidos por la fuerza del honor y del patriotismo, lo hicieron todo. También vemos aquí una fuerza de unión que levanta á un pueblo y le coloca á un nivel superior al que hasta entonces ocupó. Hoy celebramos ese hecho glorioso; pero los cien años transcurridos si bien no han podido borrar de la memoria aquel brillante episodio de nuestra historia, en cambio han hecho disminuir la fuerza de unión que tanta intensidad llegó á adquirir en los días de peligro, y muchos problemas y muchas cuestiones de interés vital para Santa Cruz de Tenerife no los hemos resuelto por la falta de unión en todos sus habitantes, y por este camino en vez de llegar á ser mucho nunca pasaremos de ser algo. Las fiestas del Centenario tienen para mí el gravísimo defecto de no dejar nada permanente que recuerde la grandeza de un pueblo que tan bien supo luchar por su honra, y que constantemente nos traiga á la memoria el triunfo que se alcanza cuando todos nos unimos para un fin común.

Mas, ya que no podemos tener un recuerdo constante del heroico hecho, imitemos á nuestros abuelos, y así como ellos unidos por la fuerza del patriotismo recorrieron con paso acelerado el camino que les condujo á la gloria, unámonos con igual fuerza para vencer la apatía que nos domina y marchar, si no con movimiento acelerado, por lo menos con movimiento uniforme, por el camino del progreso que, en tiempo de paz, es el único que también nos conducirá á la gloria.

LEOCADIO MACHADO.

## ¡Qué grande fué Santa Cruz!

Los más caros intereses, las afecciones más queridas, aquellas que nacen de lo íntimo del corazón, su propia existencia la sacrifican por la patria y por conservar á ésta su integridad é independencia, los pueblos que quieren legar á la posteridad un nombre glorioso y á sus hijos el recuerdo de hermosas virtudes cívicas.

La historia, eco de toda grandeza humana, recopila en brillantes páginas las sublimes hazañas de los que por defender á esa santa madre, que llamamos patria, mueren heroicamente, antes que sucumbir de manera ignominiosa.

Santa Cruz de Tenerife, que todo lo desoye ante la voz del patriotismo y del deber, luchó bravamente en 1797 por la causa de su independencia; conservó á España la integridad de esta Provincia y al derrotar y vencer en aquel fausto día, que hoy se recuerda por nosotros con orgullo, al osado invasor que quiso conquistarnos, se hizo grande, escribió su heroísmo en los anales de aquel libro que las generaciones respetan y cosa digna de admirarse! todavía á través del tiempo, nos sirve de estímulo patriótico todo lo que de grande encierra el 25 de Julio de 1797.

Por la patria se lucha y muere; el patriotismo nos alienta y conduce á la victoria. Santa Cruz en 1797 peleó por la independencia é integridad de su territorio y su fé patriótica le dió el triunfo en aquel combate desigual.

¡Qué grandes son los pueblos patriotas que escriben la Historia con su sangre generosa! ¡Qué grande fué Santa Cruz de Tenerife en 1797!

ADOLFO FEBLES Y MORA.